

DC 235
S 4
V 3 M
3 3

HISTORIA
DE NAPOLEON
DEL EJERCITO GRANDE
DURANTE EL AÑO DE 1812.
LIBRO OCTAVO.
CAPITULO I.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

HISTORIA DE NAPOLEON

Y
DEL EJERCITO GRANDE

DURANTE EL AÑO DE 1812.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO I.

Se ha visto, que sorprendido en Vilna el emperador Alejandro en medio de sus preparativos de defensa, retrocedió con su desunido ejército, y solo pudo rehacerle á cien leguas de allí, entre Vitepsk y Smolensko. Arrastrado este príncipe en la precipitada retirada de Barclay, se

III.

I

habia refugiado á Dryssa, en un campo mal escogido y atrincherado á suma costa; punto en el espacio, en una tan dilatada frontera, y que servia unicamente para indicar al enemigo cual debia ser el blanco de sus maniobras.

Aquietado sin embargo Alejandro con la vista de este campo y del Duna, habia tomado aliento á la otra parte de este rio. Unicamente allí consintió en recibir por la primera vez á un agente ingles. Tanto valor daba este emperador á manifestarse fiel, hasta el postrer momento, á sus empeños contraidos con la Francia! Ignórase si fué ostentacion de buena fe, ó buena fe real; lo que no admite duda, es que en Paris, y despues del buen éxito, afirmó á fe de su honradez (al conde Daru), que, « á pesar de las acusaciones de Napoleon, habia sido su primera infraccion contra el tratado de Tilsitt.

Permitia al mismo tiempo Alejandro que Barclay dirigiese á los soldados franceses y aliados suyos, aquellas corrup-

tivas proclamas que habian conmovido tanto á Napoleon en Klubokoe; tentativas que los Franceses halláron despreciables, y los Alemanes intempestivas.

Por lo demas, el emperador de Rusia no se habia mostrado como un guerrero á la vista de sus enemigos; que lo juzgáron así por el abandono con que habia mirado el Beresina, única línea natural defensiva de la Lithuania; por su retirada excéntrica hácia el norte, cuando lo restante de su egército iba huyendo hácia el mediodia, y finalmente, por el ukase de alistamiento, fechado en Dryssa, que señalaba por punto de reunion á los reclutas, muchas ciudades que los Franceses ocupáron casi al punto.

Tocante á sus providencias políticas en las antiguas y nuevas provincias rusas, á sus proclamas de Polotsk dirigidas al egército, á Moscou, á la grande nacion, se confesaba que eran singularmente apropiadas, para los lugares y los hombres. Parece, en efecto, que hubo una gra-

duacion muy sensible de vigor en los medios políticos de que se valió Alejandro.

En la Lithuania, recientemente adquirida, sea precipitacion, sea cálculo, se habia respetado todo, suelo, casas, habitantes, no se habia exigido cosa ninguna, unicamente se habian llevado á los mas poderosos señores, cuya desercion hubiera sido de un pernicioso egemplo, como tambien mas difícil su regreso por hallarse mas comprometidos, y eran por otra parte unos rehenes.

En la Lithuania reunida mas antiguamente, en que una suave administracion pública, diversas gracias habilmente repartidas, y un hábito mas dilatado, habian hecho olvidar la independenciam, se llevaron los Rusos consigo á los hombres y todo aquello que podian cargar. Sin embargo no se habia tenido por conducente exigir, de una religion extraña y de un patriotismo nuevo, el incendio de las propiedades: y se habia decretado un alistamiento de cinco hom-

bres solamente por cada quinientos varones.

Pero, en la antigua Rusia, en que todo concurría con el poder, religion, supersticion, ignorancia y patriotismo, no solamente habian hecho retroceder todo consigo en el camino militar, sino destruido tambien cuanto no podia seguir; y cuantos no eran aun reclutas, se volvian milicianos ó cosacos.

Hallándose amenazado entonces lo interior del imperio, le tocaba á Moscou dar el egemplo. Esta capital, justamente llamada por sus poetas *Moscou de las cúpulas doradas*, era un vasto y extravagante conjunto de doscientas noventa y cinco iglesias y de mil y quinientos palacios, con sus jardines y dependencias. Estos palacios de ladrillo y sus parques, entremezclados con bonitas casas de madera y aun de chozas, estaban dispersados en muchas leguas cuadradas de un terreno quebrado, y se agrupaban alrededor de una fortaleza elevada y trian-

galar, cuyo vasto y doble recinto de una media legua de circunferencia, encerraba todavía, el uno de ellos muchos palacios, varias iglesias, espacios incultos y cascajosos, y el otro, un vasto mercado público, ciudad de mercaderes, en que las riquezas de las cuatro partes del mundo sobresalian reunidas.

Estos edificios, palacios, y hasta las tiendas, estaban todos cubiertos de un hierro bruñido y coloreado, las iglesias, cada una de ellas coronada de muchos campanarios á que servian de remate diversos globos de oro, la media luna después y la cruz por último, recordaban la historia de aquel pueblo; era el Asia y su religion, victoriosa en el principio, vencida posteriormente, y en fin la media luna de Mahoma, vencida por la cruz de Cristo.

Un solo rayo de luz hacia relumbrar con mil colores varios aquella soberbia ciudad! Hechizado á su aspecto el caminante, se paraba deslumbrado; trayén-

dole á la memoria aquellos portentos con que los poetas orientales habian divertido su niñez. Si penetraba en su recinto; daba la observacion todavía nuevo incremento á su pasmo; reconocia en los nobles los estilos, costumbres é idiomas diversos de la Europa moderna, el rico y ligero primor de sus trages. Detenia sorprendido la vista, en el asiático lujo y forma de los que cubrian á los mercaderes; en los vestidos griegos del pueblo, y sus largas barbas. Dejábale atónito la misma variedad en los edificios é impresos en todo ello sin embargo unos visos locales, y duros á veces, como conviene á la Moscovia.

Ultimamente, cuando observaba la extension y magnificencia de tantos palacios, y riquezas que los adornaban, el lujo de los trenes, aquella infinidad de esclavos y solícitos vivientes, el ruido de aquellos magníficos espectáculos, el estrépito de aquellos festines, funciones, y suntuosos regocijos, que allí resonaban incesante-

mente, se creia transportado al medio de una ciudad de reyes; á una reunion de soberanos, que habian llegado con sus estrolos, costumbres y séquitos, de todas las partes de la tierra.

No eran sin embargo mas que vasallos, pero vasallos ricos, poderosos, grandes, soberbios con una nobleza antigua, considerables por su número, reunion y un vínculo general de parentesco, contraido en los siete siglos de la duracion de esta capital! Eran unos señores ufanos de su existencia en medio de sus vastas posesiones, porque les pertenece casi por entero el territorio del gobierno de Moscou, en el cual reinan sobre un millon de esclavos. Ultimamente, eran diversos nobles, que se apoyaban, con una patriótica y religiosa soberbia, « sobre la cuna, y sepulcro de su nobleza: » pues así llaman á Moscou.

Parece efectivamente que deben nacer y educarse allí los nobles de las mas esclarecidas familias, que deben echarse desde

allí en la gran carrera de los honores y la gloria; y que, ultimamente, satisfechos, descontentos, ó desengañados, deben volver á traer todavía allí sus sinsabores ó resentimiento para desahogarle; su reputacion para gozar de ella, para egercer su influjo sobre la nobleza joven, y reanudar finalmente lejos de la autoridad, de la cual no esperan ya nada, la soberbia suya amortiguada por mucho tiempo al lado del trono.

Saciada ó descontenta allí su ambicion en medio de los suyos, y como sino le alcanzaran los tiros de la corte, tomó un lenguaje mas libre; es como un fuero que el tiempo perpetuó, al cual se apegan ellos, y que su soberano respeta. Quanto menos son cortesanos, tanto mejores patricios son, por lo mismo sus príncipes vuelven con repugnancia á aquel inmenso depósito de gloria y comercio, en medio de una ciudad de nobles á quienes ellos han desgraciado ó fastidado; que se libertan de su potestad por medio de la

edad ó de la fama, y á los cuales es necesario contemplar.

La necesidad condujo de nuevo al emperador Alejandro á Moscou; que se restituyó allí desde Polotsk, precedido de sus proclamas, y esperado por los nobles y mercaderes. En ella se presentó al principio en medio de la nobleza reunida. Todo fué grande; la circunstancia, la asamblea, el orador, y las resoluciones que infundió. Su voz estaba conmovida. Apenas hubo cesado Alejandro, cuando despidieron todos los corazones un solo grito, pero simultáneo y unánime; oyéndose por todas partes, « pídale todo V. M., señor! lo ofrecemos todo! tómennoslo todo! »

Después al punto, uno de aquellos nobles propuso el alistamiento de una milicia, y para formarla, el donativo de un aldeano de cada veinte y cinco. Pero le interrumpieron cien voces exclamando: « que la patria queria mas; que era preciso dar un siervo de cada diez;

enteramente armado, pertrechado, y provisto de víveres para tres meses. » Era ofrecer, por el solo gobierno de Moscou, ochenta mil hombres y muchas municiones.

Votóse inmediatamente este sacrificio sin deliberacion ninguna; algunos dicen con entusiasmo, y que fue egecutado del mismo modo, mientras estaba presente el peligro. Otros no han visto, en la adhesion de aquella asamblea á una tal extremada proposicion, mas que sumision: afecto que, ante un poder absoluto, los absorbe todos los demas.

Añaden que al salir de aquella sesion, se oyó que los principales nobles murmuraban entre sí contra lo abultado de semejante providencia. « ¡Era pues tan inminente el peligro! ¿ No existia ya el ejército ruso, que les decian componerse todavía de cuatrocientos mil combatientes? ¿ Por qué pues quitarles tantos aldeanos? El servicio de estos milicianos, se decia, seria unicamente temporal. Pero

¿ como esperar jamas su regreso? ; Mas bien seria necesario ciertamente temerlo! ; Volverian aquellos siervos de los desórdenes de la guerra con la misma sumision? sin duda que no; volverian enteramente poseidos de nuevas impresiones, de nuevas ideas con que inficionarian las aldeas y propagarian en ellas un espíritu de indocilidad, que haria incómodo el mundo, y viciaria la esclavitud. »

Sea lo que quiera de todo ello, la resolucion de aquella asamblea fue generosa y digna de una tan grande nacion. Las particularidades son de escasa importancia. Es suficientemente sabido que lo mismo acontece en todas partes; que todo en el mundo pierde en ser visto con mucha atencion; y que, por último, deben juzgarse los pueblos en la totalidad y segun los efectos.

Habló despues Alejandro á los mercaderes, pero mas brevemente: y mandó leerles aquella proclama, en que Napoleon era representado « como un pérfido,

un Moloch, que, con la traicion en el pecho y la lealtad en los labios, venia á borrar la Rusia de la faz del mundo. »

Dicen que á estas palabras se vió que se inflamaban de furor todos aquellos semblante varoniles y fuertemente coloreados, á los que negras barbas daban al mismo tiempo un aspecto antiguo, magestuoso y salvage. Les centelleaban los ojos; poseyólos una rabia convulsiva, cuya violencia iba expresada en sus envarados brazos que retorcian, en sus apretados puños, ahogados gritos, y rechino de dientes. El efecto correspondió con la amenaza. El gefe, que ellos mismos eligen, se mostró digno del mando: y subscribió el primero por cincuenta mil rublos. Eran los dos tercios de su caudal, y los trajo en el siguiente dia.

Estos mercaderes estan divididos en tres clases; y se hizo la proposicion de fijar á cada uno su contribucion. Pero uno de ellos, que pertenecia á la última clase, declaró que su patriotismo no se

sujetaria á límite ninguno, y en el instante, se cargó á sí mismo mucho mas allá de la cuota propuesta; los demas siguiéron de mas ó menos léjos su ejemplo. Se aprovecharon del primer impulso. Los mercaderes hallaron á mano cuanto era necesario para obligarse irrevocablemente, cuando estaban todavía juntos, incitados unos con otros y con las palabras de su emperador.

Dicen que este donativo patriótico ascendió á dos millones de rublos. Los demas gobiernos repitieron, como otros tantos ecos, el grito nacional de Moscou. El emperador de Rusia lo aceptó todo; pero todo no pudo darse inmediatamente; y cuando, para acabar su obra, reclamó lo restante de los socorros prometidos, se vió precisado á usar de apremios, por haberse alejado el peligro que habia sujetado á los unos y acalorado á los otros.

CAPITULO II.

Sin embargo, invadióse bien presto Smolensko, Napoleon en Viazma, y el sobresalto en Moscou. No se habia perdido todavía la gran batalla, y comenzaban á abandonar ya aquella capital.

Decia el gobernador general Rostopschine á las mugeres en su proclama: « que no las retenia, que cuanto menos miedo hubiera, tanto menor seria el peligro; pero que tocante á sus hermanos y maridos, debian quedarse unos y otros, pues de otro modo se cubrirían de oprobrio.»

Añadia despues diversas individualidades consolatorias sobre las fuerzas enemigas: « eran ciento y cincuenta mil hombres reducidos á alimentarse con carne de caballo. El emperador Alejandro iba á

volver á su leal capital ; ochenta y tres mil rusos , entre reclutas y milicianos , y ochenta cañones , marchaban hacia Borodino para incorporarse con Kutusof .

Finalizaba diciendo : « Si no bastan estas fuerzas , os diré : vamos , amigos míos los Moscovitas , marchémos también ! juntaremos cien mil hombres , tomaremos la imagen de la Virgen Santísima , ciento y cincuenta piezas de artillería , y daremos fin á todo junto . »

Se notó , como una singularidad totalmente local , que las mas de estas proclamas estaban en estilo bíblico y prosa rimada .

Al mismo tiempo , no lejos de Moscou , y por orden de Alejandro , se dirigía por un polvorista aleman la construccion de un monstruoso globo . El primer destino de este alado aeróstata , habia sido elevarse por encima del egército frances , escoger desde allí á su gefe , y aniquilarle con una lluvia de hierro y fuego ; lo ensayaron por diferentes veces , y otras

tantas sin acierto por haberse roto los resortes de las alas .

Pero aparentando Rostopschine perseverar , mandó acabar , dicen , la confeccion de una infinidad de cohetes y materias incendiarias . Moscou mismo debia ser la gran máquina infernal , cuya explosion nocturna y repentina , devoraria al emperador y su egército . Si el enemigo se escapaba de este peligro , no tendria á lo menos ya asilo ni recurso ninguno ; y el horror de tan inaudito desastre , de que sabrian muy bien acusarle , como se habia hecho ya de los de Smolensko , Dorogobouge , Viazma , y Gjatz , sublevaria toda la Rusia .

Este fué el terrible plan de aquel noble descendiente de uno de los mayores conquistadores del Asia . Se concibió sin esfuerzo , se maduró con cuidado , y se ejecutó sin excitacion . Hémos visto en Paris posteriormente á este señor ruso . Es un sugeto arreglado , buen marido , excelente padre ; de un talento superior

y cultivado, y cuyo trato es dulce y lleno de gracia; pero, al modo de muchos compatriotas suyos, reúne á la cultura de los tiempos modernos el vigor de los antiguos.

Su nombre pertenece en adelante á la historia: en todos casos, tuvo ciertamente la mayor parte en la honra de aquel gran sacrificio: Se habia comenzado en Smolensko, pero lo consumó el gobernador de Moscou. Esta resolución, como cuanto es grande y entera, fue admirable; el motivo suficiente y justificado con el feliz éxito; el sacrificio inaudito y tan peregrino, que el historiador debe detenerse para profundizarle, comprenderle, y contemplarle (1).

(1) 1º No se ignora que el conde Rostopschine escribió que él se hallaba ageno de tal acontecimiento; pero se ha debido seguir la opinion de los Rusos y Franceses, testigos y actores de este gran drama. Todos sin excepcion, perseveran en atribuir por entero á este señor la gloria de esta generosa resolución. Aun parece que muchos creen, que animado siempre el conde Rostopschine de este noble sacrificio que per-

Un hombre solo, en medio de un dilatado imperio casi arruinado, contempla su peligro con ánimo firme. Le mide, lo aprecia, y se atreve, sin encargo quizaz, á formar la inmensa parte de cuantos intereses públicos y privados es necesario sacrificarle. Siendo vasallo, decide sobre la suerte del estado sin el beneplácito de su soberano; noble, declara la ruina de los palacios de todos los nobles sin el consentimiento de estos; protector, por el puesto que él ocupa, de un pueblo numeroso, de una multitud de ricos comerciantes, y de una de las mas populosas capitales de la Europa, sacrifica estos caudales, los establecimientos y la ciudad toda entera; él mismo hace pábulo de las llamas el mas suntuoso y rico palacio suyo; y ufano, contento, y soségado, permanece en medio de todos

petuará su nombre en las venideras edades, no rehusa actualmente la inmortalidad de tan grande accion sino para dejar toda la gloria suya al patriotismo de la nación, entre cuyos hombres mas insignes se le cuenta.

estos intereses ofendidos, arruinados y sublevados.

¿Qué motivo tan justo y grande pudo pues infundirle una tan estúpida confianza? Al resolver el incendio de Moscou, no fue su principal obgeto reducir por hambre á sus enemigos, supuesto que él acababa de agotar de vituallas aquella populosa ciudad; ni privar de abrigo al ejército frances, supuesto que era imposible pensar que de ocho mil casas é iglesias, dispersadas sobre un tan vasto terreno, no se libertarian las suficientes para acuartelar ciento y cincuenta mil hombres.

Ademas conoció bien que con ello faltaba á aquella tan importante parte de lo que se suponía era el plan de campaña de Alejandro, cuyo obgeto debía dirigirse á atraer y retener á Napoleon, hasta que el invierno llegase á cercarle, cogerle y entregarle indefenso á toda la nacion sublevada. Porque al cabo estas llamas instruirian sin duda á aquel con-

quistador, y devanecerian el obgeto de la invasion. Debian obligarle pues á renunciar de ella cuando todavía era tiempo, y determinarle por último, á volverse á la Lithuania, para tomar allí cuarteles de invierno; determinacion que prepararia contra la Rusia una segunda campaña mas terrible que la primera.

Pero Rostopschine vió dos peligros mayores en tan críticas circunstancias: el uno que amenazaba el honor nacional, el de una ignominiosa paz dictada en Moscou y arrancada á su emperador; el otro, era mas bien político que militar, en el cual temia mas bien las seducciones del enemigo que su armas, y mas una revolucion que una conquista.

Hallándose este gobernador con repugnancia para todo tratado, previó que en medio de su populosa capital, á que los Rusos mismos dan el nombre de oráculo y egemplo de todo el imperio; recurriria Napoleon al arma revolucionaria.

ria, la única que le quedaria para terminar. Por cuyo motivo se resolvió á elevar una barrera de fuégo entre este campeon y todas las fragilidades de cualquiera parte que dimanasen, sea del trono, sea de los compatriotas suyos, nobles ó senadores, y mas particularmente entre un pueblo esclavo, y los soldados de otro propietario y libre; finalmente, entre estos y aquella masa de artesanos y mercaderes reunidos, que forman en Moscou el principio de una clase intermedia, en cuyo favor se efectuó la revolucion francesa.

Preparóse todo silenciosamente sin saberlo el pueblo, los propietarios de todas las clases, y quizás el emperador. La nacion ignoró que ella misma se sacrificaba. Lo cual es tan cierto, que cuando llegó el momento de la egecucion, oimos quejarse de estas destrucciones á los habitantes refugiados en las iglesias. Los que las vieron de lejos, los mas ricos magnates, engañados como sus aldeanos, nos acusaron de ellas; los que última-

mente las habian ordenado, nos echaron la culpa de su horror, habiéndose hecho destructores para hacernos odiosos, y haciendo poco caso de las maldiciones de tantos infelices con tal que las hiciesen caer sobre nosotros.

El silencio de Alejandro permite dudar si él aprobó ó condenó esta extraordinaria determinacion. La parte que este emperador tuvo en aquella catástrofe es un misterio todavía para los Rusos; la ignoran ó callan: efecto del despotismo que prescribe la ignorancia ó silencio.

Algunos son de dictamen que ningun hombre de todo el imperio, fuera del emperador, se hubiera atrevido á cargarse con una tan tremenda responsabilidad. La conducta posterior de Alejandro desconoció el hecho sin desaprobalo. Otros creen que fué una de las causas de su ausencia del egército, y que no queriendo presentarse para mandar ni prohibir, no quiso ser testigo.

Por lo que hace al total abandono de

las poblaciones desde Smolensko, era forzado, supuesto que el ejército ruso las defendía siempre, las hacía ganar con espada en mano, y nos anunciaba como unos monstruos destructores. Esta emigración costó poco en las aldeas. Los aldeanos inmediatos á la calzada real, se encaminaban por senderos laterales hacia otras aldeas de sus señores, en que hallaban acogida.

El abandono de sus chozas, formadas de troncos de árboles puestos unos sobre otros, que una hacha basta para construir las, y cuyo ajuar todo está reducido á un banco, una mesa, y una imagen, era escasamente un sacrificio para aquellos esclavos que no poseían nada propio suyo, que no se pertenecían á sí mismos; y de los cuales era preciso que sus señores cuidasen en todas partes, supuesto que ellos eran una prodiedad, y que componían toda su renta.

Por otra parte aquellos aldeanos con sus carros, herramientas y algunos ga-

nados, lo llevaban todo consigo, pudiendo pasarse los mas de ellos sin auxilio ajeno para hospedarse, vestirse y todo lo restante; porque aquellos hombres están siempre al principio de su civilización, y mucho mas lejos todavía de aquella división de trabajo, que es la extensión y última perfección del comercio ó de la sociedad.

Pero en las ciudades y en la gran Moscou mas particularmente, ¿ como se podían dejar tantos establecimientos, tan dulces y cómodos hábitos y tantas riquezas, muebles é inmuebles? Y no obstante, no costó mas obtener el total abandono de Moscou que el de la menor aldea. Allí, como en Viena, Berlin y Madrid, los principales nobles no vacilaron en retirarse al acercarnos; porque parece que para ellos el quedarse era hacer traición. Pero aquí, mercaderes, artesanos, jornaleros, todos creyeron deber huir como los mas principales magnates. No hubo necesidad de mandar; aquel pueblo care-

cia todavía de suficientes ideas para juzgar por sí mismo, para distinguir y establecer las diferencias, y bastó el ejemplo de los nobles. Algunos extranjeros que se habían quedado en Moscou hubieran podido ilustrarla; desterraron á los unos, y el terror dejó en estado de soledad á los otros.

Hubo facilidad por otra parte para no dejar prever mas que profanaciones, saqueos y devastaciones á un pueblo separado todavía de todos los otros, y á los moradores de una ciudad tantas veces saqueada y quemada por los Tártaros; en cuyo caso no podian esperar á un enemigo impio y feroz sino para pelear contra él. Lo restante debia huir de la proximidad suya con horror, para salvarse en esta y la otra vida: obediencia, honra, religion, miedo, todo, todo ordenaba huir con cuanto uno pudiera llevarse.

Quince dias antes de la invasion, la salida de los archivos, de las cajas públicas, del tesoro, y de los nobles y principales

comerciantes, con cuanto tenian mas precioso, indicó á los demas habitantes lo que les tocaba hacer. Impaciente ya el gobernador de ver desocuparse aquella capital, mandaba velar diariamente sobre la emigracion.

En el dia 3 de septiembre, una Francesa, con peligro de ser asesinada por algunos mugicos furiosos, se arriesgó á salir de su refugio. Andaba errante mucho tiempo hácia ya en unos barrios vastos, cuya soledad le causaba extrañeza, cuando un lúgubre y lejano clamor la dejó poseida de pavor. Era como el canto de muerte de aquella inmensa ciudad; quedándose inmóvil, mira y ve una multitud de desconsolados hombres y mugeres, que se llevaban consigo sus bienes, sus santas imágenes, y arrastrando con ellos á sus hijos. Los sacerdotes, todos cargados con las sagradas señales de la religion los precedian, é invocaban al cielo con himnos de dolor, que todos repetian llorando.

Habiendo llegado esta multitud de desgraciados á las puertas de la ciudad , la abandonáron con una dolorosa vacilacion ; volviéndo sus miradas todavía hácia Moscou , se despedian al parecer de su santa ciudad ; pero se perdieron insensiblemente sus lúgubres cánticos y sollozos en las vastas llanuras de sus contornos.

CAPITULO III.

Así iba huyendo en cortos ó crecidos cuerpos aquella poblacion. Las calzadas de Cazán , Voladimiro y Iaroslaf , estaban cubiertas en todo el espacio de cincuenta leguas , de fugitivos de á pie , y de muchas no interrumpidas hileras de carruages de toda especie. Sin embargo , las providencias de Rostopschine para impedir el abatimiento de ánimo y mantener el orden , retuviéron á muchos infelices hasta el último instante ; á lo que es necesario añadir el nombramiento de Kutusof , que habia avivado la esperanza , la noticia falsa de un triunfo en Borodino ; y para los meños ricos la hesitacion natural en el momento de abandonar la única habitacion que poseian. Finalmente , la insuficiencia de